

Gonzalo Rojas

Por María Carolina Geel

En marzo de 1965 escribimos un artículo crítico sobre el libro *Contra la Muerte*, de Gonzalo Rojas (Revista PEC). Leyéndonos ahora... críticamente, ha venido el recuerdo de un ensayo de T. S. Eliot, titulado *Criticando al crítico*...

Una primera pregunta nos sale al paso: ¿por qué ahí oponíamos reservas a lo que hoy nos atrae fuerte y profundamente, esto es, la impulsividad de este gran poeta? Ciertamente es que uno cambia o evoluciona, tanto como cambia o evoluciona el poeta mismo. Ciertamente es también que en aquella ocasión nuestro elogio fue abierto, diciendo hacia el final: "¿Veremos adelantarse a Gonzalo Rojas como uno de los pocos entre los primeros?". Ciertamente, pero de todos modos hubo allí una seca paralización de la capacidad de captar una voz poética en toda su significación. En otro pasaje aparece copiado un trozo de poema de Rojas, diciendo que la poesía "se escribe sola/se escribe con los dientes/con el peligro/con la verdad terrible de cada cosa". Sí, con la verdad terrible de cada cosa, entre otras la verdad del solitario, la verdad de la incommunicación de los artistas, agregábalos allí, transcribiendo enseguida: "...nada, nada,/sino lo mismo y siempre lo mismo de lo mismo/que nunca me oyes,/eso que no me entiendes nunca/aunque las venas te arden de eso que estoy diciendo". (Obsérvese la fuerza del lenguaje llano.)

Bien. Han transcurrido casi tres lustros durante los cuales nada sabíamos de este vate; omitido en algunas antologías, aludido en otras como uno más entre los buenos. Personalmente lo recordábamos como alguien lejano, alguien que se había agregado al grupo de nuestros grandes valores que se alejaban del país indiferente. Hace ya 10 años que Gonzalo Rojas vive en el extranjero. Desde allí envía ahora sus dos últimos libros antológicos.

Tiene, además, el propósito o decisión de regresar a su patria.

En la revista española "Insula", números 380-381, aparece un buen artículo literario sobre Rojas, firmado por Ricardo Gullon, que se inicia como sigue: "¿Por qué azares del destino e incurias de la crítica el reconocimiento del gran poeta Gonzalo Rojas es todavía negocio de iniciados?". En la contraportada de *Transtierro*, última obra de Rojas (Ediciones Taranto, Madrid 1979), se expresa más o menos lo mismo: "...el inexplicable olvido de nuestros editores ante una obra poética de tanta jerarquía en América". Parecería que el pecado es aplicable a las editoriales hispanas, ya que los libros de Rojas han sido traducidos "al inglés, francés, italiano, rumano, alemán y otros idiomas". Y aplicable a los críticos ídem, ¡hélas! Mas, ¿es una atenuante la ausencia por 10 años del poeta? Quién sabe. ¿Lo es una producción muy parca comparada con los torrentes nerudianos y su permanente convoy áulico? Si lo son no van más allá de eso: atenuantes. En fin, *mea culpa* repartida entre muchos.

¿Cuál es la visión que de este poeta tenemos hoy? Desde luego, que es "el poeta" en el sentido de extrañeza que este nombre implica ante la vulgaridad cotidiana. Luego, él alienta en el fondo de su personalidad, parecemos, un señorío de libertad que permite a sus poemas gran amplitud expresiva.

Recordamos haber expuesto, más de una vez, la certidumbre de que sin pasión no hay poesía posible. El nombre pasión lo entendemos aquí significativo de emoción elevada a alto grado. Y Gonzalo Rojas está dotado de una sensibilidad emocional como pocos poetas nuestros y de más allá la ostentan. Ella, a ratos, lo lleva a per-

cibir y comunicar esas como esencias remotas del lenguaje poético que persistentemente se niegan a vates bien calificados. Cuando uno lee a ciertos grandes poetas se pregunta si existe en verdad un lenguaje poético clave que combinando las más simples palabras, avendindólas como imantadas unas con otras, da, en acto, el asombroso arte de un poema.

Ahora, vaya a continuación, una duda que se mantiene sin resolver.

Nunca hemos logrado entender el llamado erotismo místico, desde luego porque nunca lo hallamos exployado en parte alguna, ni por persona alguna, ya que se reducen a supuestos de *esto o lo otro*. Para empezar, se nos aparecen como dos vocablos que no se toleran, si hemos de partir del hecho de que lo que se denomina mística en Teología es la parte que estudia la vida espiritual; y erotismo es sinónimo de voluptuoso y algo más. Este no alcanzárenos el sentido de ambas palabras, una con otra, este rechazo, puede ser causa de que a nuestro oído exterior e interior los poemas eróticos de Rojas nos lleguen en su expresión estricta y neta del amor carnal, del amor total. Veamos, *exempli gratia*, su poema "El Fornicio", bellísimo cuya crudeza queda sometida bajo el cetro apolíneo. A continuación, fragmentado:

Te besara en la punta de las pestañas y en los pezones,
te turbulentamente besara,
¡mi vergonzosa, en esos muslos
de individua blanca, tocara esos pies
para otro vuelo más aire que ese aire
felino de tu fragancia, te dijera española
mía, francesa mía, inglesa, ragazza,
nórdica boreal, espuma

de la diáspora del Génesis

(...)

te fuera mordiendo hasta las últimas
amapolas, mi posea, te todavía
enloqueciera allí, en el frescor
ciego, te nadara
en la inmensidad,,,

(...)

¡Te amara!

Nos cuenta T. S. Eliot que el poeta Coleridge afirmaba esto: "la poesía produce mayor placer cuando se la comprende sólo de un modo general e imperfecto". Bien; y acaso podría esta sentencia asimilarse al placer que producen los sonidos de un piano, pongamos por caso, pero no al distinto placer de percibir la creación artística que con esos sonidos obtuvo el compositor. Ambos son placeres, sin duda, pero es el segundo que puede llamarse realmente arte trascendente. El primer caso podía aplicarse al mucho agrado con que, años ha, leíamos al poeta Rosamel del Valle. Cascada de palabras-sonidos...

Así las cosas, el aforismo del vate inglés, muy útil para algunos casos, no sirve para la gran poesía como la que aquí nos ocupa.

En la rica gama que inspiran las creaciones de Gonzalo Rojas, predomina el acento patético elevado apasionadamente a la angustia metafísica, a las interrogaciones sin respuestas, al grito de rebelión contra *el ser y la nada*. Dan fe de ello el poema "Contra la Muerte", y los terribles versos de "Fragmentos". Hermosamente terribles.

Transtierro, libro excepcional que invita a usar la locución latina: *Lege, quae so*.